

CRÓNICA CULTURAL

Cuando está Crónica aparezca, el pasco de la Castellana habrá vuelto a ser el lugar recoleto que siempre ha sido. De la Feria del Libro, que del 1 al 10 de junio levantara allí el griterío polifónico de sus instalaciones, sólo quedarán algunos libros en hogares donde, sin ella, nunca hubieran entrado. También lo que para nosotros importa más: un hito hasta el cual medir y desde el que iniciar nuevos cálculos. Cálculos no muy rigurosos, por supuesto. Ni ese volumen diario de ventas sobre el que tan minuciosamente nos han informado los periódicos, ni el número de obras editadas afectará excesivamente a quien sepa qué es cultura. Pero si se atiende, no al *cuánto*, sino al *qué*, no a los millares de libros vendidos, sino a la clase de libros vendidos, la cosa será muy diferente; justificará que yo inicie esta Crónica con el gayo estandarte de la Feria del Libro de 1947.

LA FERIA DEL LIBRO

De la de este año hay que señalar, ante todo, su amplitud. Fueron cien casetas y cuatro pabellones especiales —uno, para la Secretaría de Propaganda, Cultura popular y Turismo de Portugal— los que la formaron; y en ellos, editoriales españolas —oficiales y privadas, madrileñas y de Barcelona— y treinta hispanoamericanas, principalmente argentinas y chilenas. Coincidieron en el catálogo quinas portuguesas y nuestras águilas de San Juan; el casco del Instituto Nacional del Libro y el medallón con los Reyes Católicos del Instituto de Estudios Políticos; el cisme del Sindicato Español Universitario con las columnas del Instituto de Cultura Hispánica; y no

faltaron las marcas de nuestras clásicas editoriales junto a las recién nacidas: Reus, o Bosch, o la *Revista de Derecho Privado*, como editoriales jurídicas de afeño prestigio, o el buho de la *Revista de Occidente*, al lado de la lámpara de Aguilar, del árbol del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de las juveniles y ya fecundas "Ediciones y Publicaciones ,spanólas" (EPPSA). La feria resultó completa, y más, a mi juicio, por calidad que por los 4.673 nombres de su catálogo, en el que sistemáticamente podía descenderse desde la "agricultura y ganadería" hasta los "viajes". Más que los 3.200 libros editados en 1946, me dice, en efecto, que la mitad fueran científicos, o esa caseta 95, dedicada a Cervantes, o nombres como los que tan fácilmente pueden alinearse tras cualquiera de los antes escritos.

A esta Feria la precedieron, casi inmediatamente, una Exposición del Libro argentino, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, y antes, las Exposiciones del Libro español celebradas en Wáshington, en Roma y en Zurich. Esta, parece que sorprendió a quienes no esperaban, ni con mucho, encontrarse con la obra ingente de un Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por ejemplo. Sorpresa... ¡'l'antás reserva la cultura española a quien simplemente quiera acercarse a ella!

DEL SALÓN DE LOS XI A LAS XI MEJORES OBRAS DE ARTE DEL AÑO

Poco más allá de la Feria está la Biblioteca Nacional, en cuyas salas de exposición se inauguró —algo antes que la Feria— el IV Salón de los Once, organizado por la Academia Breve de Crítica de Arte; y algo más arriba está la Galería Buchholz, a la cual se trasladó la misma Academia Breve en trance de dar vida, a poco de morir su anterior criatura, a una nueva: las XI mejores obras de arte expuestas en Madrid desde la primavera de 1946 a la de 1947.

Fueron importantes las dos exposiciones, más por lo que mostraron de una floración de pintores, que posiblemente no se dará a estas fechas en ningún otro país del mundo, que por que en cualquiera de ellas tuviera que cumplirse a la letra lo

prometido. Claro que la promesa del Salón de los XI era más fácil; se trataba de exponernos una selección de la vanguardia de nuestros pintores; algo que fuera al Salón de Otoño lo que éste a la Nacional. Y aun así, para un D'Ors, que calificó el intento como "de feliz memoria", no faltó un Llorent afirmando que allí no estuvo ni la vanguardia de nuestra pintura, ni selección alguna. ¡Qué no sucedería cuando se nos prometieran nada menos que las once mejores obras de arte presentadas en Madrid durante un año!

En el Salón de los XI exhibieron José Aguiar, el de las pinturas murales en la Secretaría General del Movimiento y la "Consagración de los mártires"; Redondela, Villá, el escultor Planes, Durancamps, Mompou, Alvaro Delgado, Vázquez Díaz, Zabalza —ese "Gézanne español", le llama D'Ors—, y Llorens. Faltó a la cita el undécimo, aunque no el último en merecimientos: el clásico, lúcido y normal Valverde. Donde las XI obras mejores, estuvieron Pedro Bueno, Enrique Casanovas, Andrés Conejo, Eduardo Vicente, los escultores Rafael Sanz y José Clara, y, de nuevo, Planes, Miguel Villá, Durancamps y Aguiar. ¿Todos, a gusto de todos? No, desde luego. Contentémonos, por eso, con el hecho de que, en la Nacional como en Buchholz, hubo nombres indiscutibles, y otros, por lo menos, interesantes; y, ¡ah!, recordemos que la pintura española moderna no termina ahí. Aunque por el Salón de los Once, a lo largo de su corta historia, hayan desfilarado Picasso, Solana, Gargallo, Pruna, Palencia, Humbert, Lloréns Artigas, Pedro de Valencia, Bueno, Juan Antonio Morales, Olasagasti... El Salón ha cumplido una meritísima labor experimental. Y en los experimentos, lo mismo que el éxito, va implícito, algunas veces, el fracaso. Téngase esto en cuenta a la hora del balance.

De los indiscutibles, Vázquez Díaz ha expuesto en la *Revista de Occidente*. Vázquez Díaz es de la generación de Solana, Zuloaga, Sert, Picasso, Dalí. Los nuevos pintores, ¿igualarán a ese sexteto? Ojalá los superen, yéndose aún más atrás en busca de modelos: a aquella constelación de nuestros clásicos, de los que el Art's Council of Great Britain ha organizado una exposición en la National Gallery de Londres para

que los ingleses puedan hablar del "milagro, de la cima de la perfección, de genialidad absoluta".

Quizá porque, además de grandes pintores, eran aquéllos grandes españoles, y hacían la pintura de su España.

POETAS JÓVENES Y POETAS VIEJOS

Y es que uno sueña con que todo nuestro arte sea el arte que España necesita. Que a la poesía, que todavía se mantiene en la pleamar iniciada a principios de siglo con Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, va llegando la savia de las reales inquietudes, parece evidente. Salvados los riesgos de un formalismo sin vida y de un "tremendismo" romántico, como aquel en el que formaron Crómer, Morales, Carreño y Caos, es notorio el auge de una postura sintética donde el hallazgo verbal se pone al servicio de un hondo mensaje que el poeta quiere transmitirnos. Al nombre de Panero agréguese los de Carlos Bousoño, Eugenio de Nora y José María Valverde, cuyo *Hombre de Dios* lo vincula de lleno con esa zona de la poesía, ¡al fin!, humana.

Sólo que, ¿hasta qué punto no ha podido calar esa humanidad en los más característicos representantes de otras tendencias? No hablo aquí de Alexandre, a quien podría presentarse como cabeza de ese "neo-romanticismo". Pero el mismo Gerardo Diego, el de las mayores audacias, el del movimiento *Ultra* y el *Manual de espumas* y la rehabilitación de Góngora en su centenario de 1927, ¿no ha sido también el autor de *Alondra de verdad*, y, con ella, de una poesía vivida y para vivida, esto es, de la mejor poesía? La raya entre poetas viejos y poetas jóvenes no corre por la que separa poesía joven y poesía vieja. De hombres que ya han dado tanto como Gerardo Diego esperamos, por eso, más; y sirva de motivo para la referencia el que Gerardo Diego haya sido llamado a la Real Academia Española.

Más antiguo que todos éstos, y más distante, por eso, de nosotros, ha muerto Emilio Carrère. Tan antiguo que, mejor aun que en sus versos, fáciles y populares, quiso ser poeta en su vida, dejándonos, destañada, una estampa bohemia que casi,

casi, va a confundírsenos en el cajón de los recuerdos con las de Zorrilla o Gustavo Adolfo Bécquer. Fué Carrère nuestro moderno Verlaine madrileño, y si por lo dicho queda muy lejos de quienes hoy no consideran necesario vestir de poeta para serlo, nos le acerca su fidelidad, en la hora un poco insostenible de Valery y del helado cerebralismo, a lo que, por encima de accidentes, es raíz de toda poesía: su aptitud para ser sentida.

LA MÚSICA

Si de la poesía puede decirse que va, ya, adquiriendo conciencia de su misión, ¿qué no diremos de la música, en la que, desde hace años, Joaquín Rodrigo ha puesto cátedra de la que España necesita. Faltará, como se ha indicado, el músico que los continúe, a él y a Halffter; el camino —la música sin pintoresquismos; la música “con la que se pueda cantar”— está manifiesto.

Anotemos, pasando de compositores a ejecutantes, varios nombres importantes: el maestro Arámbarri, con la Coral de Bilbao; Leopoldo Querol, un nombre estrechamente vinculado con nuestra música, que en el Atenco madrileño cumplió, en siete tardes, la tremenda empresa de ejecutar la obra entera de Chopin; la Orquesta de Cámara, a la que su director, Ataulfo Argenta, impulsa a cimas de notable perfección; Luis Galve y Enrique Iriesta, que partieron para América, y, en fin, Jesús Guridi, nombrado académico de Bellas Artes.

Nos visitaron los universitarios del Orfón de Coimbra. Cantaron en Salamanca, en El Escorial, en Madrid. Con el eco de sus guitarras y sus fados ha quedado dormida en el aire de España esa nota romántica, honda y sincera, que es la gran aportación lusitana a la sinfonía peninsular; la nota desgarrada que nuestro Ernesto Halffter tuvo presente para componer su *Rapsodia portuguesa*.

NUEVOS ACADÉMICOS Y NUESTRO LIBERALISMO

Tres nombres: Manuel de la Plaza, Trias de Bes, Ruiz del Castillo. El primero, fiscal de nuestro Supremo Tribunal de

Justicia, catedrático de Derecho Procesal, autor de un Tratado de esa especialidad que, a los pocos años de nacido, se nos ha quedado en clásico, ha ingresado en la Real Academia de Jurisprudencia. A la Real de Ciencias Morales y Políticas han ido el internacionalista Trias de Bes y Sr. Ruiz del Castillo: aquél, con el discurso sobre "La organización internacional; éste, con otro sobre "Lo vivo y lo muerto en la idea liberal".

Subido es lo caprichoso de esta Crónica, en la que no se atiende tanto a méritos como a significaciones para una interpretación general de los rumbos de nuestra cultura. Sírvame ello de excusa para, entre las tres figuras importantes, quedarme con una; pues pocas piedras de toque como el discurso del Sr. Ruiz del Castillo para comprobar qué somos y qué queremos.

En ese discurso, el profesor que tanto ha hecho por aclimatar entre nosotros el pensamiento político de Hauriou, vuelve atrás la mirada a fin de determinar qué ha quedado del liberalismo. En apariencia, se contesta, poco; en la realidad, bastante: la fe en el hombre; el principio de negociación; el interés general; la certidumbre jurídica; el estímulo de la publicidad; el equilibrio racional de las instituciones... Todo eso es, nos dice, el meollo del liberalismo, aunque la cáscara se haya desprendido. Y es verdad: todo eso ha quedado, y lo aceptamos nosotros, nosotros, a quienes quizá afecten aquellas palabras de Ortega anunciando, en 1937, un "nuevo liberalismo", fundado, eso sí, "en el hontanar de una nueva fe". Sólo que a Ruiz del Castillo, como a Ortega, ¿no les llevará el desco de "hacerse cargo" a imprecisiones que quiebren un tanto la solidez del conjunto? ¿No podría suceder que todas esas aportaciones liberales estuvieran descubiertas siglos antes del liberalismo, y que fuera éste quien, inconscientemente y sin perjuicio de proclamarlas, estuviera minándolas? Pues el propio Ruiz del Castillo insiste en la necesidad que el liberalismo tiene de unos supuestos de vida común; ¿y acaso no puede ser su desaparición consecuencia ineludible de la neutralidad que el liberalismo considera también esencial? No nos importa llamarnos neo-liberales, si con eso quiere significarse aceptación de los principios verdaderos que los liberales no descubrieron, pero sí recogieron, aunque con bastante:

falta de lógica; pero nos complace poco que, de puro generosos, pudiéramos acabar en indecisos. Queremos saltar sobre nuestros límites, pero deseamos conservar los límites, aunque sea sólo para podérmolos saltar. Y aunque todo esto esté implícito en Ruiz del Castillo, ¿por qué negar que nos hubiera agradado encontrarlo, además, explícito?

D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL Y OTROS HISTORIADORES

Ha aparecido el tomo I de la monumental *Historia de España*, que dirige D. Ramón Menéndez Pidal, con un prólogo del maestro sobre "Los españoles en la historia".

A D. Ramón Menéndez Pidal le corresponde evidentemente la capitania de esa legión de seguidores "técnicos" de Menéndez Pelayo que ha tenido la gloria de dar nuevo verdor en nuestros días al árbol de la ciencia española. Claro es que Menéndez Pelayo, como Joaquín Costa, representó un tipo humano que difícilmente podía tener seguidores: el del polígrafo genial, bueno para agotarlo todo, desde el Derecho al Arte, y aun para darnos de regalo, como él nos lo dió, un programa completo de renacimiento. Había en él muchos caminos abiertos, y sus seguidores, en la opción que se les brindaba, sólo avanzaron por el de la ciencia especializada, dejando otros semiocultos por la maleza. Aquél que permitió comparar a D. Marcelino con Fichte, el de los *Discursos a la nación alemana*, por ejemplo, quedó sin hollar hasta que, casi ayer, empezaron a desbrazarlo un Maczta, un Pradera... Y, sin embargo, ¿no será cosa de reconocer también los importantes frutos que la otra decisión ha producido a la ciencia española?

Y además, que sería injusto identificar especialización con miopía. Menéndez Pidal es el maestro de la crítica histórica, literaria y filológica, que, al restringir su campo, ha logrado en él un rigor tanto mayor y, naturalmente, una reputación mundial; es el erudito que ha enseñado a trabajar a generaciones de investigadores; pero es también el artista bueno para extraer del dato, del códice, de la inscripción, la conclusión válida para nuestro tiempo, y no sencillamente para el erudito. A Menéndez Pidal le debemos los españoles — todos los

españoles— el regalo maravilloso de habernos descubierto nuestro lenguaje, nuestro arte popular y extensos períodos de nuestra historia. Como un nuevo Campeador, este sabio pulcro y sonrosado, de barba gris y bien peinada, que ha superado a Milá y Fontanala, a Hinojosa, a Menéndez Pelayo, ha ganado para el conocimiento y el amor de los españoles una época: la España del Cid.

Todos nuestros investigadores le reconocen por su maestro. En ese senado de nuestra cultura, del que no hace mucho se marchó D. Francisco Rodríguez Marín, él es, y Dios le conceda seguir siéndolo por muchos años, el patriarca: el gran "don" de nuestra cultura, diré, con expresión prestada. Y eso aunque no todos asintamos a muchísimas cosas de las que escribe en su reciente prólogo. Pero esto es sólo prueba de lo que antes dije. Muchos son los caminos que abrió Menéndez Pelayo. El de las ideas certeras sobre el problema de España puede que sea el nuestro. Y éste, precisamente, puede que no sea el de D. Ramón Menéndez Pidal.

Servidor fiel de la cultura fué otro de esos menéndezpelayistas eruditos que digo: D. Miguel Artigas, aragonés cordial y sabio, director general de Archivos y Bibliotecas y de la Biblioteca Nacional, académico de la Española, buen conocedor de Góngora y de nuestra literatura. Recientemente ha fallecido. Le estaba encomendada la edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. En Santander, en la Universidad de Verano, se le recordará este año; fué Artigas director de la Biblioteca Menéndez Pelayo en el momento en que convivían allí Huidobro y José del Río Sanz, Vicente Pereda y Luis de Escalante, Gerardo Diego y Enrique Menéndez Pelayo. De esa reunión surgieron la Sociedad Menéndez Pelayo, el boletín que llevó su nombre y, en fin, los primorosos Cursos de verano, que tanto representarían en nuestra cultura.

ANGEL HERRERA ORIA

D. Angel Herrera Oria ha sido consagrado Obispo de Málaga. Director de *El Debate* desde 1911, presidente en el 33 de la Junta central de la Acción Católica Española, luego, cum-

plidos los objetivos esenciales de su vida pública, ingresó en la Universidad de Friburgo y fué ordenado sacerdote en 1940. Sólo lo escrito podría colmar una vida normal. Considérese, por ejemplo, lo que representó *El Debate*. Hay que tener cuidado —gustaba de decir Herrera— con aplicar los grandes adjetivos a sustantivos que no respondan bien a su propio concepto, porque entonces es el adjetivo el que quedará desacreditado. España necesitaba un período católico; para que el adjetivo no quedara desacreditado, no se conformó Herrera con menos que con hacer de su periódico uno de los mejores del mundo. Y, sin embargo, la fundación de *El Debate* no supuso tan sólo la aparición de un periódico excepcionalmente bien hecho; significó para el catolicismo español un hito.

Hasta entonces todo fué, en efecto, dejarse ganar un terreno que otros sectores culturales, con nombres prestigiosos, pero, más todavía, con unidad estrecha de programa, conquistaban incesantemente; desde 1911, *El Debate* fué alma de una reacción católica de día en día más firme y consciente de sí misma; y es claro que, no menos que otros terrenos, el cultural había de sentir esa marea. Muchísimo de lo que desde entonces se ha hecho en España en ese campo está en algún modo emparentado con *El Debate* o, para ser más precisos, con la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de la que en rigor fué aquél resultado, y cuyo influjo en lo religioso, en lo social, en la prensa, en la política, en la cultura, sólo desconocerá quien no haya vivido por dentro la realidad española. Pues, eso sí, todo ese influjo —toda la obra de Herrera— se ha dirigido a las raíces mejor que a las ramas, y precisamente es esto lo que más favorablemente la singulariza. En España, en efecto, no ha sido infrecuente el espectáculo del genio que aparece de improviso, lanza su obra y, como un meteorito, desaparece por el horizonte, sin dejar tras sí más que un efímero rastro luminoso. Eso, sobre todo, se ha dado en el lado católico o tradicional de nuestra cultura; mas, por eso mismo, a ese sector le ha faltado la continuidad que en otros lograron personalidades menos que mediocres, pero dotadas de una fuerte disciplina de escuela. Lo característico de Herrera fué también esto: el hacer escuela, sacrificando a ello un lucimiento personal que estaba al alcance de su mano.

De ahí que su obra sólo tenga en España un curioso paralelo, en sector bien diverso: La Institución Libre de Enseñanza. De ahí, también, que su obra haya sido fecunda.

A Herrera muchos le desconocen, y sin embargo, su nombre será uno de los primeros que el futuro destaque cuando se historicie la cultura de estos años.

EL CINE ESPAÑOL

Que el cine español llegue a ser tal que el adjetivo no quede descalificado por el sustantivo es otro cantar; ha sido, por lo menos, otro cantar durante una larga prehistoria de cuarenta años en la que no supimos salir, primero, de la española burda, y después, de la comedia chabacana o todo lo más de la comedia sin pretensiones. Y no es que en el cine no tuviéramos algo que decir. Porque lo tiene la propia España, nuestro cine tiene un mensaje, para el que únicamente le faltaba la voz adecuada. Será cosa de señalar que, poco a poco, ese mensaje, católico y humano, harto distanciado del infantilismo y del decadentismo entre los que habitualmente se mueve el cine de fronteras afuera, ha ido adquiriendo cuerpo a través de una escala de realizaciones, cada vez mejores, aunque no siempre buenas. De "Reina Santa" sí puede decirse que ya no es sencillamente una película con buenas cosas. "Reina Santa" presenta además el mérito de ser fruto feliz de esa colaboración peninsular iniciada hace tiempo con la película "Inés de Castro". Ellos nos han dado ahora un actor; nosotros a ellos un director.

Y eso, cuando se trata del arte de nuestro tiempo, resulta muy importante para una cultura; más, mucho más que la aparición de un buen libro, de una excelente pintura o de una apreciable obra teatral. Y más todavía si éstas faltan y lo que hay es sólo el préstamo de un Teatro de Cámara como el que se ha iniciado en Madrid, tan propicio para que se nos evaden de rondón decadentismos y cerebralismos que ni nos van ni, por archicivilizados que sean, salvarán la civilización ni el propio teatro. Aunque mejor será, para enjuiciarlo, esperar a ver la suerte de la, sin duda, interesante experiencia.

LA CÁTEDRA "RAMIRO DE MAEZTU"

Vamos a tratar de recordar los hombres y los nombres que, desde su fundación, se han sucedido en ese balcón de América abierto a España que es la cátedra "Ramiro de Maeztu". Después de la hermana del propio D. Ramiro, Anzoátegui y Eyzaguirre. De éstos ya hablamos. Luego, el P. Octavio Nicolás Derisi, primer premio nacional argentino de filosofía, que dió seis conferencias sobre el catolicismo en la Argentina, la cultura hispanoamericana y el tomismo, y la inteligencia. Después el doctor Icaza Tígerino ("Elementos de la anarquía hispanoamericana"), D. Héctor Sáenz Quesada, argentino ("Las ideas políticas de San Martín"), José María Rosa, argentino ("Pueblo y caudillos en la historia argentina"), el profesor César E. Pico ("Las Españas ante nuestro tiempo") y D. Ignacio Rubio Mañé ("Las tragedias de la vida nacional mejicana" y "La nueva España y el último siglo del régimen virreinal").

Hay más, muchos más nombres hispanos en los meses que abarca esta crónica. Hemos recibido a D. José Arce, que hace veintidós años obtuvo el título de doctor *honoris causa* por la Universidad madrileña, y en esta su segunda venida ha sido para nosotros, sobre hombre de ciencia, amigo probado. Están D. Sergio Fernández Larraín, chileno, y D. Bienvenido de la Paz, filipino; hemos despedido al periodista chileno Manuel Vega; y quedan, por fin, el mensaje de la Asociación de Hispanistas filipinos al Instituto de Cultura Hispánica, y los nombres ilustres de esos colombianos que en Santa Fe de Bogotá han constituido la primera filial en tierra americana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Sí; hay más, muchos más nombres hispánicos que los que han ocupado en estos meses la cátedra "Ramiro de Maeztu"; y no obstante...

No obstante, hay que dedicar una especialísimo interés a esa cátedra. De los que por ella han pasado, César E. Pico, como el P. Derisi, están vinculados a ese movimiento tomista del que, a partir señaladamente del Congreso Eucarístico de 1934, han sido alma los Cursos de cultura católica y revistas como *Criterio*, *Ortodoxia* y *Sol y Luna*; Icaza perte-

neces al grupo nicaragüense que hemos empezado a conocer aquí a través de Pablo Antonio Cuadra; Saenz Quesada, nació en 1898; Rosa es combativo, e igual el mejicano Rubio Mañé... Por la cátedra "Maztu" han pasado ya muchos hombres y muy diversos. Les ha unido, empero, el abordar de lleno problemas concretos. Como Rubio Mañé decía, ¿qué nos queda a todos nosotros? Nos queda sólo la raza, la lengua, la religión. Pues bien; nada de eso salváramos si nos limitamos a salvar eso, presas de un complejo de inferioridad que todavía nos impulsa a los hispanos a confiarnos en las nubes de la retórica y de las promesas de amor..., pero sin hablar de boda. Muchas de las cosas dichas en esa cátedra habrán escocado; todas han tenido un mérito: ir al blanco. Pues es fácil decir, sí, que la hispanidad no es sólo una bonita palabra, sino una realidad; pero ante las cosas reales no nos entretuemos en pregonar que existen; se parte naturalmente de ese hecho. En la cátedra "Ramiro de Maztu" se ha partido también del hecho de la Hispanidad.

Y puesto que de Hispanidad hablamos, digamos que monseñor Zacarías de Vicarra ha sido consagrado Obispo de Eresso. Es ese un nombre, el de monseñor de Vizcarra, que difícilmente podrá separarse del renacimiento católico de dos culturas: la nuestra y la argentina. Es ese el nombre, además, de quien descubrió la palabra Hispanidad.

UN COLEGIO, UNA ASOCIACIÓN Y UN EMBAJADOR

Partir de la Hispanidad es también contentarse con un "cuerpo provisional" para Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, mejor que esperar al edificio definitivo, del que, el mismo día de la inauguración del otro, se puso la primera piedra, "en el nombre del Señor Dios Todopoderoso y de Santa María". Cuando los estudiantes y los investigadores hispanoamericanos lleguen al colegio definitivo, se encontrarán en la Ciudad Universitaria. Y allí, como les recordó Ruiz Jiménez, tendrán muy cerca, hora tras hora, el corazón roto, pero palpitante, de los jóvenes que lo dieron todo por un ideal; recibirán su mensaje: el de los que cayeron abrazados

a su error y el de los que triunfaron unidos a su verdad. Y así comprenderán que ese mensaje no es sino éste: que no tengan necesidad de morir por la mentira quienes sean ganados por la verdad.

La Asociación, es la Asociación cultural iberoamericana, filial española del Instituto que se fundó en El Escorial en julio de 1946; la Asociación ha inaugurado su local. La preside Pedro Laín Entralgo, y se da en ella tan por sabida la hispanidad que Laín dedicó su discurso a preguntarse qué hacer con la Hispanidad, y no cómo hacerla, y la señaló como objetivo Europa; una Europa que es algo más que geografía, y que nosotros, los hispanos, podemos y debemos salvar; conceptos éstos, los de Laín, notabilísimos y exactos, aunque necesitados, a mi entender, del contrapunto que uno, a su tiempo, les puso.

El embajador, por último, es José María Alfaro, nombrado ministro plenipotenciario de España en Colombia, Alfaro, vicepresidente de las Cortes, es un español representativo. Burgalés, nacido en 1906, ha sido y es poeta; ha reflejado muchas de nuestras razones y de las de nuestra guerra en su novela *Leoncio Pancovo*. Pero, como tantos otros de nuestra generación, las posibilidades superan aún en él a las realidades. Alfaro está en la linde en que se confunden ímpetu y serenidad, juventud y madurez. Su generación ha tenido la gloria de constituir la avanzadilla de nuestras razones. Tras Alfaro van ya otras dos generaciones, pero el rumbo esencialmente, para gloria de la primera, no ha variado.

MR. PATTEE EN ESPAÑA Y UNA REVISTA: "ALMÉRIZ"

No sólo hemos estado en la que hoy llamamos Hispanidad. Una interesante exposición —la de fotografías, organizada por D. Valeriano Salas, director de la *Revista Geográfica Española*— llevó a nuestro recuerdo nombres españoles de otras tierras. San Agustín y San Antonio, Socorro y Santa Fe, Santa Cruz, Los Angeles, Monterrey... Quizá por eso han producido los Estados Unidos ese plantel admirable de hispanistas. Mr. Richard Pattee es uno de ellos, y en grado tal como para

resultar, además, un perfecto orador en castellano. Mr. Pattee es —se ha observado— hombre que ríe alto, que acciona vehementemente, que critica con agudeza y no trata de esconder el alma entre cautelas; tiene todo lo necesario para sermos, además de respetado, querido. Nació en 1906; conoce Europa y América; ha desempeñado en su país cargos de importancia; escribe; deja tras sí varios libros. De su venida a España nos importa sobre todo la proyección de su desembarazado espíritu norteamericano sobre nuestras cosas; de su vuelta a América, la reacción que en ese espíritu pueda producir nuestra mentalidad secular.

Pues, ciertamente, todos los catolicismos se necesitan. Y por esto, y para mejor información sobre lo nuestro, voy a acabar recomendando una mínima revista mensual, que edita un grupo de jóvenes muy universitarios, muy católicos y muy modernos, que se llama *Alfárez*, y es de las cosas que más importantes pueden resultar, con el tiempo, entre nosotros.

Demasiado he dicho lo que queremos hacer para insistir. Vamos a una cultura española con soluciones universales. Esa cultura ha de ser católica, más que por temas, por estilo; porque así resulte naturalmente del ser de cada uno. Es posible que de quienes persiguen eso surjan nombres equiparables, cuando menos, a esos otros de los que yo llamaría guerrilleros de nuestra cultura, pues actuaron por su cuenta, sin regla y, a veces, contra los verdaderos intereses que querían defender. Pero aunque no fuese así no importa demasiado. Lo que necesitamos no son tanto grandes hombres como núcleos armónicos de cultura, jerárquicos y disciplinados. Otros Ortegas u otros Barojas darían a nuestra cultura tanto lustre como la han dado Ortega o Baroja, pero no la salvarían ni a ella ni a la mundial. Cuando los muchachos de *Alfárez* se deciden, en cambio, a poner en claro cuál debe ser nuestro catolicismo y cómo conseguirlo, sí que salvan muchas cosas. Aunque hubieran de quedarse, para toda la vida, en muchachos de *Alfárez*.

LA UNIVERSIDAD DE VERANO DE SANTANDER

Dieciséis páginas de Crónica son muchas páginas, casi demasiadas, y obligan a concisión. Aunque algunos de los últi-

mos aconteceres de nuestra cultura hayan de quedarse con la sola mención. Tiempo habrá de volver sobre ellos, que las cosas, si son realmente importantes, nunca dejan de tener su ida y su vuelta. A título de ida vayan, pues, estos nombres: Exposición Nacional de Artes decorativas; Exposición de pintores almerienses, con la cual "Indalo", el muñeco celtibérico que tiene aprisionado entre sus manos el arco iris, ha adquirido carta de ciudadanía en Madrid; Exposición del Arte español en Buenos Aires... Sobre todo eso, repito, ya hablaremos.

En cuanto a Alfonso Junco, de él hemos hablado, y sin tener que esperar a verle entre nosotros. Alfonso Junco, mejicano, nació en Monterrey a finales del siglo pasado; ha publicado como unos veinticinco libros, en los que se barajan poesía, historia, ensayos, crítica literaria y temas sociales y políticos; de dos en particular —*El gran teatro del mundo y España en carne viva*— está reciente en nosotros la huella de un estilo directo y encendido, tanto, por lo menos, como las propias razones que arden tras él; de su autor quedará siempre en nuestro corazón lo que, para nosotros, cuenta más: su amor a España. Que no se le supone: que está suficientemente reconocido.

Y en fin, por lo que concierne a la Universidad de Verano de Santander, mejor será que, también sin perjuicio de volver sobre ella, digamos algo aquí; no en vano se trata de la empresa cultural de más convergadura del verano de 1947.

Por supuesto, la Universidad de Verano no es cosa de ahora. Va para un cuarto de siglo que en Santander se organizaron, en 1924, los primeros cursos para extranjeros, que habían de crecer, después, hasta las medidas de la Universidad Internacional de la Magdalena. Pero lo que ahora se da es un fenómeno no infrecuente en la cultura española de nuestros días, y sobre el cual podría ilustrarnos, por ejemplo, el mismo Consejo Superior de Investigaciones Científicas, no falto de precedentes, cuyos diques ha rebasado con holgura: una reconstrucción cuyos planes desbordan incluso los originales, que se quedan chicos. Así, paulatinamente, a partir de los primeros cursos de verano organizados en la capital montañesa por el Consejo de Investigaciones, antes mismo de ter-

minada nuestra guerra, se ha llegado a la Universidad de este año, que fué inaugurada por el ministro de Educación Nacional el día 6 de agosto, y a la que se ha dado el nombre del montañés ilustre que tanto la anheló: Menéndez y Pelayo.

Comenzó este año la Universidad bajo el rectorado del catedrático de Historia moderna D. Ciriaco Pérez Bustamante, funcionando en siete Secciones o Facultades: Español para extranjeros, Humanidades, Ciencias biológicas, Problemas contemporáneos, Estudios pedagógicos, Periodismo y Cursos especiales para obreros. Se agruparon en ellas más del centenar de profesores de primera categoría, españoles, suizos, franceses, belgas, holandeses, ingleses, italianos, chilenos, mejicanos, cubanos, colombianos, argentinos, polacos.. Y, dentro de los trescientos y pico de alumnos, fué aún mayor la diversidad de orígenes, que llegó a las treinta nacionalidades diferentes. Sí, aquélla ha sido una Universidad verdaderamente internacional. Como el ministro de Educación dijo: "España no quiere aislarse del resto del mundo, ni enfrentar tradición a modernidad, sino hermanarlas; ni encastillarse en inútiles e ineficaces xenofobias. Deseamos la solidaridad entre todos los pueblos. Y lo que es más: lo probamos."

Pero traer aquí la argumentación: dar nombres y fechas; hacer, en suma, el balance de los cursos, sería demasiado. Baste, por hoy, consignar el nombre de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Bien mirado, eso es ya, por sí solo, una prueba.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.

RECENSIONES

